

mi desgracia; ¡no, no! pero quizá si yo no le hubiese conocido, no me hallaría en esta posición. No es esto quejarme porque ahora hallo que mi destino es muy hermoso. Dentro de unos días ya no padeceré, y mi triste existencia habrá terminado. Porque, señores, yo no sé si queréis creerme, pero lo cierto es que ahora soy muy dichoso; me parece que me hallo mas ligero, que nada me oprime y que soy un hombre enteramente distinto. Estoy satisfecho de mi suerte desde que he revelado mi crimen; quería ocultarlo, quería morir sin haber dicho: «Sí, yo soy quien he cometido ese asesinato. Pero no he podido sostener este propósito, guardar este secreto que me ahogaba, y mis cavilaciones sobre el particular me habían reducido al estado del bruto. ¡Ah! ¡cuán desgraciado era yo en aquella época! ¡cuán dichoso soy ahora! ¡Amigos míos! creo que no tengo necesidad de encargáros que escarmentéis en mí; ¡sirvaos de lección lo que á mí me sucede, y me daré por satisfecho! En nuestro asunto no compadezcó sino á un solo hombre, á Francois; está sentenciado á cadena perpetua, y le queda mucho que sufrir.

»Concluyo mi carta despidiéndome de vosotros hasta la eternidad.

»VICTOR AVRIL.

»Confinado en otros tiempos en Poissy y licenciado de aquel establecimiento el 25 de noviembre de 1834.

»París 17 de noviembre de 1835.»

Avril oyó con piedad sincera las exortaciones de M. Azibert. Le preocupaba vivamente el ejemplo que iba á dar con su muerte: «Señor cura, le dijo, servios cumplir uno de mis últimos deseos; decidles mañana en el púlpito á los detenidos de Bicêtre, que estoy arrepentido de lo que he hecho; que mi ejemplo les sea útil. Si que soy muy culpable, si no me hubiese visto privado de mi familia siendo muy niño, no me encontraría donde me encuentro.»

Lacenaire se mostró muy rebelde á los sentimientos religiosos, que elevan y purifican á las almas que se han contaminado, cuando se acerca el día de la suprema espiciación.

Con justo motivo se habia ocupado mucho el señor arzobispo de París de aquel ateo jactancioso y burlon que daba muestras de entregar su cabeza al verdugo, riéndose. Monseñor de Quelen no quiso que la impenitencia final de aquel desdichado pudiera achacársele á la iglesia, por lo cual encargó á un célebre orador del púlpito católico que confereciase con el sentenciado. La elección del señor arzobispo no podia ser mejor; el sacerdote nombrado al efecto fue M. Cœur, antiguo militar á quien una convicción religiosa habia arrancado de los campos de batalla, y hombre mas á propósito para conmover con una palabra persuasiva impregnada de ardor y de caridad, que para convencer por medio de una dialéctica hábil y apremiante.

Este digno sacerdote fue recibido por el sentenciado de un modo bastante respetuoso y conveniente; era preciso que hasta el ministro de la religión ma-

nifestase á Lacenaire, sin dejar por esto de deplorar su ateísmo, la admiración que todo el mundo tenia á su mal empleado talento.

«Señor cura, le dijo Lacenaire, me afecta vivamente el interés que tanto el señor arzobispo como vos habeis tomado por mí; ¡no me niego á ninguna verdad sobre religion y estoy dispuesto á oiros, á creerlos! Sin embargo, me tomo la libertad de haceros presente, que si queréis que vuestra exortación me sea provechosa, que me ilumine, no entreis en ninguna de las vulgaridades del púlpito; tomadme en donde me encontrais; fuera de todo pacto ¡á las puertas de la muerte! porque si dejáseis de hablar á mi razón, no me seria posible escucharos.

M. Cœur tuvo que darse por advertido. Era preciso para conmover á aquel gran culpable, otra religion que la de los humildes y pobres de espíritu. Nada de pactos, sobre todo, y mucha lógica, porque era preciso habérselas con un lógico terrible.

El buen sacerdote aceptó estas condiciones con indulgencia y entabló una conversacion con el reo, en la que no se descuidó de hacer mérito de las disposiciones intelectuales de Lacenaire. Pero el venerable sacerdote no sospechaba el lazo que este le habia armado. Cuando el ministro del Señor le mostraba al sentenciado nuestra santa religion católica aceptada por los talentos mas vastos que ha tenido la Francia, por los Descartes, los Pascal, los Bossuet, los Fenelon y los Masillon...

—¡Basta! ¡Señor cura basta! exclamó Lacenaire poniéndose de pié. ¡Cómo! ¡Yo os pido que me lleveis hasta Dios por la persuasión y la verdad, y vos venís á citarme como autoridad en punto á creencias á un Masillon, que tuvo la debilidad por sus fines particulares de consagrar á Dubois, hombre manchado con toda clase de vicios...!

Como se vé, Lacenaire se escapaba por la tangente, dando crédito ó mas bien fingiendo dárselo á las impías paparruchas de los periódicos de la época.

M. Cœur se retiró desconsolado. Lacenaire le acompañó con mucha urbanidad hasta la puerta del calabozo, aunque con la sonrisa de la ironía en los labios. Aquel día se figuró este infeliz ser un grande hombre.

El último episodio del horrible proceso tuvo lugar el 26 de noviembre, día en que el tribunal de casación desechó el recurso de los sentenciados.

El procurador general, Dupin, rechazó fácilmente todas las razones aducidas por los reos para recurrir contra la sentencia. Respecto á lo principal, que era la acumulación de los procedimientos, contestó que se habia mandado en obsequio de la buena y pronta administración de justicia. En efecto, el artículo 307 no es restrictivo, y la acumulación de causas puede mandarse de oficio por el presidente por otras razones que las que en aquel artículo se especifican, segun la conciencia de la utilidad que de esto puede resultar y segun la naturaleza de los hechos.

Inútil es decir que no fue admitido el recurso. Desde aquel momento ya no habia otra cosa desconocida para Lacenaire que el momento en que habia de espigar su crimen entregando la cabeza al verdugo.